

UN RAYO DEL SOL.



Pájaros y niños en un rayo del sol.

Presentamos á nuestros lectores en un rayo del sol los pájaros y niños que la imaginación del pintor *Hollard* supone se encuentran en cada uno de ellos.

Es un concierto de pajarillos colocados sobre las ramas mas elevadas de un bosque; angelitos del cielo atraídos por los melodiosos cánticos de aquellos alegres músicos del aire, bajan sobre un rayo del sol, y parecen invitarlos á subir con ellos al celeste palacio. Tal es la imaginación del pintor: vean ahora nuestros lectores algunas estrofas inéditas inspiradas sobre el mismo asunto á un célebre poeta.

«Caravanas con voces inflamadas, ligeros navegantes del viento, pequeñas almas emplumadas que frecuentemente alimenta una flor: pueblo de lo alto, alegre misterio, dad vuestro ejemplo á la tierra, vosotros que seguís la misma ley, vosotros que cantais al mismo Rey.

«Bajo el arco ojival de antigua iglesia, ó en el florido árbol del camino, el corazón en el nido, se halla en la brisa, armonía del género humano. Pueblo de lo alto, alegre misterio, dad vuestro ejemplo á la tierra, vosotros que seguís la misma ley, vosotros que cantais al mismo Rey.

«Sin llaves, sin puertas, sin cerrojos, sin cortinas para ver mas claro, están colgadas vuestras habitaciones de las paredes que el hombre se hace pagar tan caras. Pue-

blo de lo alto, alegre misterio, dad vuestro ejemplo á la tierra, vosotros que seguís la misma ley, vosotros que cantais al mismo Rey.

«Jamás un triste plan de guerra os reúne en consejo: solo os reunís en tropel para saludar al sol, levantados con la aurora, subiendo hácia Dios en su luz, al vecino de vuestro nido no vais á cantar la desgracia. Pueblo de lo alto, alegre misterio, dad vuestro ejemplo á la tierra, vosotros que seguís la misma ley, vosotros que cantais al mismo Rey.

«Si vuestros nidos en nuestros paisajes se ven asustados por los cazadores, vais á alojaros en las nubes mas libres que vuestros opresores. De una divina sepultura honrando los restos, orquesta alada de la naturaleza; ¿os sirven los cielos de abrigo? Pueblo de lo alto, alegre misterio, dad vuestro ejemplo á la tierra, vosotros que seguís la misma ley, vosotros que cantais al mismo Rey.

«Jamás se ha visto la huella de vuestros cuerpos caídos en los bosques, en donde no dejáis sino la gracia de un huecillo de vuestras voces. ¡Ah! ¡Cuánto siento no ser paloma al ver abrir vuestras alas, para seguís por el sepulcro! Ya tengo menos miedo de morir. Pueblo de lo alto, alegre misterio, dad vuestro ejemplo á la tierra, vosotros que seguís la misma ley, vosotros que cantais al mismo Rey.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LOS CABALGADORES.

Damos hoy á nuestros lectores la lámina de un hermoso cuadro que representa á los *Cabalgadores*. Así se llaman en Italia los mayores que dirigen las manadas de gigantes toros que se crían en aquellas regiones, y que montados en sus caballos, y envolviéndose magestuosamente en su pintoresco traje recuerdan mas de una vez en sus músculos y en las líneas de sus facciones los modelos de los Gracos y de los Escipiones, de quienes son descendientes aquellos pobres pastores. Dirigen su ganado hacia un sitio que fué célebre otro tiempo en el mundo.

Representa la lámina el momento en que va á llegar la manada de toros, aguijoneados por las picas de los *calvatori* y levantando una densa nube de polvo, á el *Forum romanum*. Así es como los antiguos llamaban la plaza donde se reunía el pueblo para deliberar sobre los negocios públicos. Hoy es conocida bajo la innoble denominación de *Campo Vaccino*, campo de las Vacas.

Por un terreno, que viene en cuesta, he bajado varias veces tras del Capitolio moderno, dando vuelta á las prisiones Mamertinas construidas por Anco Marcio para los criminales ordinarios. Servio Tulio las hizo abrir bajo tierra para los crímenes mas horribles, para los crímenes de Estado. Jugurta, entregado á Sila por Bocchus, su suegro, atado despues al carro triunfal de Mario, murió allí en un calabozo: los cómplices de Catilina perecieron allí tambien: San Pedro y San Pablo tambien fueron allí encerrados.....

Empero, desde este punto, ¡qué inmenso espacio con suelo desigual se desarrolló de pronto á mis miradas! ¿Dónde están los límites en los que estaba circunscrito el antiguo *Forum*? ¿Dónde los magníficos y soberbios pórticos de que se hallaba rodeado? ¿Dónde está la famosa tribuna de las arengas? ¿Dónde las estatuas de Sila, de Pompeyo, de Augusto? El teatro de tantas revoluciones se halla, ay! muy mudado: allí solo se hallan hoy reunidas manadas de vacas y ganados de otras clases, y algunos trabajadores hacen escavaciones por orden del gobierno. Antes con estas escavaciones, habian logrado descubrir el pavimento de la *Via Sacra*.

¡Qué prodigioso número de objetos estrañamente desparramados aquí y allí, restos de inmensos y antiguos monumentos, descubre nuestra vista! ¡Cómo poderlos describir! ¿Sobre qué lienzo bastante estenso podría un hábil pintor trazarlos todos? Trataremos de no dejar escapar ninguno si es posible.

Un trozo de columna, un capitel, un entablamento, una pilastra aislada en aquel sitio que fué el centro de Roma, y por consecuencia del universo, son objetos todos que tienen un grande interés. Esas inmensas ruinas que representa nuestro grabado, y por debajo de las cuales marchan en tropel las vacas impelidas por los cabalgadores, son los restos del palacio de los Césares.

Al llegar al *Foro* se aproxima uno desde luego á ocho columnas de orden jónico, de granito oriental, que pertenecian al templo de la *Concordia*, edificado por Camilo con motivo de la paz restablecida entre el pueblo y los patricios. El orgullo de estos y la cólera de aquel, hubieran causado sin él la pérdida de Roma: Roma agradecida le dió el título de salvador y segundo fundador de la patria. Las seis columnas del frente están en parte destruidas; las dos colocadas á los lados permanecen enteras. En ese templo reunió Ciceron el Senado, y pronunció sus elocuentes arengas contra Catilina, é hizo condenar hasta sus cómplices.

Un poco mas lejos hay tres columnas de mármol griego, de orden corintio, medio enterradas; dos hacia adelante, y la otra hacia atrás: formaban parte del templo dedicado por Augusto á *Júpiter Tonante*, cuando cayó el rayo á su lado sin herirle. Habia adornado á Roma con tan gran número de edificios, ya de utilidad, ya de ornato, que pudo decir al morir: *Encontré á Roma edificada en ladrillo; la dejo edificada en mármol*. Haremos observar á nuestros lectores, que los romanos no hicieron uso del mármol, sino hasta despues de la conquista de Sicilia.

Del templo de la *Fortuna*, que estaba allí cerca, no ha quedado mas que el pavimento.

El arco de triunfo, de mármol blanco, que erigió el senado á Séptimo Severo en premio de sus conquistas, se halla bien conservado, y colocado en la parte septentrional estuvo largo tiempo medio enterrado: hace pocos años que se ha descubierto enteramente. Tres arcos con bellas columnas acanaladas del orden corintio, bajos relieves áticos de un esquisito trabajo, han sufrido sin embargo las injurias del tiempo. La bóveda del medio está dividida en compartimentos cargados de casetones, y la fachada principal adornada de trofeos militares. Allí está representado Septimo Severo, con su muger Julia, y Antonino Caracalla, uno de sus hijos. Dos *Famas* aladas se hallan en el nacimiento de los *ciñtros*; una escalera interior conduce á lo alto, donde se hallaba el carro triunfal con seis caballos de frente, llevando las estatuas de Severo y de sus dos hijos Caracalla y Geta: dos soldados romanos á pie, y dos á caballo, acompañaban el carro. Los nombres de Severo y de sus dos hijos, habian sido inscritos en el frontispicio: Caracalla hizo borrar el nombre de *Geta*, su hermano, cuando en un acceso de celos le hizo dar de puñaladas en los mismos brazos de su madre Julia: aun esta visible la huella de las letras borradas.

En uno de los extremos del *Foro*, sobre los cimientos del templo donde se encontró á *Rhea Silvia*, madre de Remo y Rómulo, se ha levantado una iglesia llamada de Santa Maria, la *Emperatriz*: no contiene nada de curioso.

Todavía se ven muchas columnas reunidas que servian para sostener un templo á la *Victoria*: otros dicen que era un segundo templo á la *Concordia*. Una columna que se ve sola, aislada, cerca del abismo donde se precipitó Curcio á caballo, pertenecia al templo de *Júpiter*.

Tambien se ven desde allí tres bóvedas inmensas, sie-

te columnas de cuarenta pies de alto, un pavimento bien conservado en marmol amarillo antiguo y en piedra serpentina..... Es una parte del templo de la *Paz*, el mas vasto, el mas suntuoso de cuantos poseía Roma: los mas célebres artistas lo habian embellecido con los mas ricos adornos. De tal modo se hallaba decorado con oro y bronce, que cuando fué incendiado, corria la lava de metal hasta el *Foro*. ¿Quién lo habia hecho construir? Vespasiano, tan clemente, tan activo que decia que un emperador debia morir de pie. Aquel edificio fué llamado despues la *Iglesia de Constantino*.

Nos hallamos al pie del monte Palatino, es precisamente la vista que representa la lámina de nuestro *album* que damos hoy á nuestros lectores. Un monumento cuadrado, que pasa por haber sido el templo de Jano, ofrece una arcada en cada cara. Pretenden que era allí donde se juntaban los mercaderes para tener sus reuniones. No estableceremos nosotros sobre esto una larga disertación:

nosotros examinaremos solo esas magníficas ruinas; ese magnífico arco de marmol blanco, compuesto de un solo ojo y un poco degradado en varios puntos; gigantescos restos de aquel inmenso palacio de los Césares donde se representaron tan execrables dramas: allí estaban des-parramados los escombros de multitud de salas, que el fuego no perdonó, aunque incrustadas de marmol, de verde antiguo, de pórvido, y de otros adornos. En ese palacio reinaron por cuarenta años Césares cuyo imperio ha calificado perfectamente el abate Condillac del *delirio continuo de un espíritu furioso*. Hoy son solo gigantescas ruinas que viene el viagero de distantes regiones á visitar con la historia en la mano: hoy aquel desierto lugar sirve solo de tránsito para los ganados que van á estacionarse como hemos dicho, en el *Campo Vaccino*, hace algunos siglos el centro del universo, el sitio de donde partian las órdenes que acataba el mundo entero.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS TRES JUDIOS.

I.

Al principio del reinado de don Pedro I de Castilla, llamado por unos el *Cruel*, por otros el *Justiciero*, un joven israelita de Sevilla llamado Leví Alpujar tenia que recorrer el Mediodía de España. Como se ocupaba del comercio de diamantes hacia numerosas estaciones en los de las ciudades donde vivian sus correligionarios. Se sabe que los descendientes de Jacob son particularmente hábiles en el arte de determinar el valor de los metales preciosos y de las piedras raras. Por todo su camino encontraba el viagero lapidarios y plateros de su religion siempre dispuestos á instruirle.

Se estaba entonces en el mes de junio.

Una tarde al caer la noche una repentina tormenta sorprendió á Leví Alpujar cerca de Toledo, en campo raso.

Estaba oscuro el cielo. Una completa sombra rodeaba todo el campo, interrumpida solo de vez en cuando por el resplandor de los relámpagos.

Gruesas gotas de lluvia caian rápidamente sobre las verdes hojas de los árboles.

Leví Alpujar que iba á caballo, cual un caballero, sin capa, preveía el instante en que iba á calarse hasta los huesos. Forastero en la comarca que atravesaba no sabia además que camino tomar para llegar pronto á una venta, ó al menos á alguna cabaña de las que se veían á distancia del camino. Debemos añadir que asustada su cabalgadura por los truenos lejanos comenzaba á relinchar y á no querer dar un paso. ¿Qué hacer en semejante ocurrencia?

El camino que seguía en aquel momento el joven israelita era tortuoso y bastante mal trazado. Había barrancos á cada lado, y esto era un obstáculo mas considerando las espesas tinieblas que la tempestad llevaba consigo. Al embarazo que resultaba del mal tiempo se unia una preocupacion de un orden grave.

Se hallaba infestado el terreno de bandidos.

No pasaba día sin que se oyese hablar de alguna proeza de aquellos héroes del camino. Tan pronto era un señor de las inmediaciones cuyo carruaje habia sido saqueado; tan pronto se trataba de los alcabaleros del rey que se habian visto detenidos y ocupados en poner á los pies de los ladrones el dinero del rey.

Leví Alpujar no podia pensar sin terror en el miedo que sentiria en el caso de que viese de repente, en medio del rayo y de la lluvia, salir del centro de las matas dos ó tres hombres armados de pies á cabeza. Su caballo no podia ayudarle á sustraerse en la fuga del peligro y la agresion porque el pobre animal tenia tal miedo que casi podia andar. Otra consideracion aflictiva se hacia; nuestro viagero no llevaba para defenderse ni espada ni puñal, y esto era efecto de un decreto del rey don Alonso XI que habia declarado que los judíos no tenían derecho á llevar en público armas. En fin, lo que daba mas fuerza todavía á su miedo era un cofrecito de palo de rosa que llevaba en el bolsillo izquierdo de su gaban con un cuidado y una solícitud especial.

Y se comprenderá bien el cuidado que tenia en guardar bien aquel cofrecillo cuando se sepa que en su fondo habia un magnífico collar de coral montado en oro, cincelado y apreciado en dos mil libras, suma enorme para los tiempos de que se trata.

—Este collar es el principio de nuestra fortuna, se decia Leví Alpujar: mis hermanos Ruben y Samuel me han encargado que vaya á venderlo á Bayona. Con el dinero que provenga de la venta formarán en Sevilla un establecimiento de comercio, en donde cada uno de nosotros hallará medio de enriquecerse. ¡Ay! ¿Qué nos sucedería si esta riqueza me la robasen en el camino?

Apenas habia terminado estas palabras cuando oyó un extraño ruido á algunos pasos de su caballo en el hueco de una encina.

En el mismo momento un relámpago acababa de iluminar aquella parte del camino. Miró con atencion Leví Al-

pujar al lado donde habia sentido el ruido, y no le fué posible dominar una repentina y profunda emocion.

El jóven israelita acababa de ver cerca de él un hombre armado.

Durante el poco tiempo que habia tardado en pasar la luz del rayo entre los dos, le pareció que el desconocido era alto, delgado, mal vestido y amenazador.

—¿Será acaso uno de los ladrones que infestan la comarca? pensó.

—Jóven, no tengais tanto miedo, le gritó el hombre con voz firme; no soy uno de esos caballeros que á la claridad de la luna se ocultan tras los árboles para detener á los viajeros. Asi tranquilizaos.

—Buen hombre, respondió Leví, si habeis notado en mí alguna señal de emocion debe atribuirse no á la sorpresa de vuestro encuentro sino á la oscuridad y al fastidio que me causa esta lluvia y tormenta. Tal cual me veis temo mucho verme obligado á pasar la noche al raso y en medio del camino.

—¿No sois de este pais? preguntó el hombre armado.

—Soy de Sevilla: es decir, que tengo costumbre de dormir en una buena cama.

—Entonces debereis desear descubrir una posada en los alrededores. ¡Ah! la cosa no es tan fácil de hacer como beberse un vaso de vino de Jerez.

Añadió:

—¿Veis desde lo alto de vuestro caballo alguna luz lejana á mil pasos de aquí, á derecha ó á izquierda?

—No, buen hombre, es la noche tan oscura que absolutamente veo nada.

—Es exacto, nuestras aldeas no pueden descubrirse sino cuando se está encima de ellas. Sin embargo, hay por aquí cerca una especie de castillo. Mirad hácia aquel lado aquella nube blanquiza.

—En efecto, creo divisar una masa negra.

—Es el castillo, ó si quereis mejor la casa fuerte de don Sancho García.

—¿Recibirán á un viajero extraviado y perdido?

—Segun y conforme.

—¿Qué quereis decir, buen hombre?

El desconocido bajó de repente la voz.

—Mirad, replicó éste, esto es bastante difícil de explicar. Muy pocas gentes se atreverian á llamar á aquella puerta.

—¿Por qué?

—Porque los que allí habitan son judíos, réprobos, que no aman á los cristianos que tampoco los quieren.

—¡Ah! exclamó vivamente Leví Alpujar.

—Sí, prosiguió el desconocido, son seres estraños que han venido de Portugal y los amenazaban con quemarlos vivos. Como eran ricos no han comprado sino únicamente alquilado el castillo de Sancho García. El rey, ya le conoceis, jamás les concedia el derecho de poseer el valor de un dedal de tierra de Castilla, y con muchísima razon. ¿Pero qué pueden hacer allí? Jamás salen, jamás reciben á nadie. Están tocando músicas todo el dia, lo que hace que todo el mundo se separe de su habitacion: es muy natural.

—¿Creeis que practican la hospitalidad?

—Con los cristianos, no; con los judíos sus iguales, siempre.

—Pues voy allá derecho, añadió Leví Alpujar ¿Quereis enseñarme el camino?

—Haced saltar este barranco á vuestro caballo, y marchad derecho á la luz que veis entre los árboles; pero, sin embargo...

—¿Pero qué?

—Si Juan el pastor se atreviese á daros un consejo, os diria: «no vayais á llamar á la puerta de esa casa; eso es llamar á la casa del diablo.»

Por toda respuesta Leví Alpujar metió espuela á la montura, la hizo saltar el barranco y marchó al galope.

—¡Pobre loco! ¡desgraciado jóven! dijo el pastor alejándose.

A medida que el ginete se aproximaba á la casa que le habia designado el pastor, bajo el ambicioso nombre de castillo, lo percibia cada vez mejor y mas claro á la simple vista. Bien pronto Leví Alpujar distinguió las almenas, y las chimeneas y el muro que formaba el recinto de aquella casa-castillo. Un enorme llamador estaba fijo en la puerta. Habiéndole levantado el viajero lo dejó caer con fuerza sobre una plancha de hierro.

Ladridos de perros y poco tiempo despues voces humanas, le respondieron.

—¿Quién vá? preguntaron las voces de lo interior.

—Un viajero que se ha perdido en el camino, un hermano de Israel, respondió el jóven ginete.

Abrieron la puerta.

—¿Hay alguna indiscrecion en preguntaros quién sois? le dijo un hombre con barba blanca.

Leví pronunció su nombre.

—Entrad, repuso el anciano, aquí estais en vuestra casa.

Un criado cogió el caballo del jóven y lo llevó á la cuadra.

Entretanto su huésped lo introducía al mismo en un salon ricamente iluminado.

—Sabara, mi querida hija, mira, aquí tienes un hijo de Jacob que te presento, dijo el anciano dirigiéndose á una jóven y hermosa doncella que bordaba cerca de un velador.

Acabamos de decir que era hermosa la jóven; pero una pluma inerte y palabras sin movimiento no pueden espresar hasta que punto lo era: apenas la habia mirado Leví Alpujar, cuando sintió á su vista como una conmocion eléctrica. Las impresiones súbitas no son una quimera: nuestro jóven viajero se sentia ya enamorado.

—¿Cuán bella es! se decia: y en voz baja:—¿qué pasa dentro de mí? Por el Dios de Abraham ¿es que la amo?

La noche misma no se atrevia á dirigirse esta pregunta: sabia á que atenerse: amaba perdidamente.

Sirvióse la cena.

El rabino Abid ha dicho: «hay en nosotros dos genios, el bien que dá saludables consejos, y el mal que impulsa el alma á su caída.»

De estos dos genios el uno decia á Leví Alpujar (era el bueno); «huye de esa muger sin mirar detrás de tí.» El otro, que era el genio malo, le gritaba: «quédate; solo Sabara puede darte la felicidad.»

Leví Alpujar se fijó con preferencia en el consejo del mal genio.

Se quedó, y á la mañana siguiente, habiendo pasado la tormenta, buscó un pretexto para pasar un dia todavía al lado de su hermosa judía.

—Sabara ha hecho sobre vos una viva impresion, le

dijo en cierto momento el anciano israelita; pero, hijo mío, sabed que mi hija es una de las mas ricas herederas de este pais y que no daré su mano sino al que pueda poner un millon en la suya el dia de la boda.

—Yo tendré ese millon, respondió al padre, Leví Alpujar á media voz.

Hizo ensillar su caballo y se dispuso á marcharse. Sin embargo, no quiso abandonar la hospitalaria residencia sin dejar á la jóven un recuerdo de su estancia.

La envió el collar de coral cuidadosamente encerrado en el cofrecito.

«Aceptad este collar en tanto que os doy otra cosa mejor,» mandó á decirla.

Algunos instantes despues hallábase solo en el camino. La frescura del aire y la soledad le volvieron su habitual sangre fria.

—¿Qué he hecho? se decia, el collar de coral, el único elemento de la fortuna de nuestra familia, lo he dado; si, lo he dado locamente por el frívolo motivo de mostrarme generoso y magnífico. ¿Qué dirán mis hermanos? ¿Qué será de nosotros?

Una falta conduce inevitablemente á otra. Leví Alpujar, habia sido vanidoso y soberbio, se hizo embustero y mentiroso para ocultar la debilidad de su accion. En la primera parada escribió la carta siguiente al gefe de la casa, á su hermano Ruben.

«Querido hermano:

«Acaba de sucederme una desgracia, tanto mas grande, cuanto que nos hiere á todos tres, á tí Ruben, á nuestro hermano Samuel y á mí. Sabes que el pais que he recorrido del reino de Toledo está infestado de ladrones: una banda de estos ha caido sobre mí antes de llegar á la ciudad, y entre otros objetos, los bandidos me han robado el precioso collar de coral. Apenas tengo fuerzas para daros la noticia de este deplorable suceso. Pero por fortuna soy jóven, activo, laborioso; voy á encerrarme en el comercio, y dentro de poco, estoy seguro de haber reparado este desastre.—Tu hermano,

«LEVÍ ALPUJAR.»

El pobre Ruben no habia concluido aun con todas sus penas. Al mismo tiempo que recibia esta carta que acabamos de leer, sabía que Samuel, su otro hermano, hallándose en Algeciras, habia sido pública y gravemente insultado por el adelantado de aquella ciudad. Esta autoridad le habia obligado á pasearse por las calles en traje de réprobo, con la túnica negra y el sombrero amarillo, todo para hacer servir de diversion á los soldados cristianos del ejército del rey don Pedro.

«Para vengar esta injuria, para atacar al adelantado, le escribia Samuel, necesito un navío á mis órdenes, es decir, poseer mucho oro, un millon, y lo conseguiré.»

—¡Dios de Abraham y de Jacob, protege y preserva á mis pobres hermanos! decia Ruben.

II.

Han pasado cinco años; los tres hermanos habian dejado á Sevilla para habitar en Toledo. El tiempo pasa; pero frecuentemente el amor no pasa.

Leví Alpujar no tenia ante sus ojos mas que una imagen, la de la morena Sahara; no tenia sobre sus labios sino un nombre, el de la judía portuguesa; no sentia en

el corazon sino una viva aspiracion, la de amar y ser amado por la bella israelita.

En los tiempos en que hablamos, Toledo era casi todos los dias el teatro de terribles y extraordinarios dramas. Apenas se salia de una época de revueltas, cuando la ambicion de los grandes, los odios privados, los resentimientos públicos, se mezclaban para producir á cada instante asesinatos que permanecian impunes en razon de la poca vigilancia que existia entonces, y muy particularmente los de los judios, contra los que de vez en cuando se sublevaba el populacho, les quemaba las casas y les saqueaba sus bienes; todo con gran contentamiento y tolerancia del mismo rey don Pedro, que habia dado el ejemplo haciendo asesinar y confiscar los bienes de su tesorero Samuel Leví, despues de haberse servido de él por mucho tiempo como de un instrumento para allegar riquezas y vejear á sus pueblos.

Una tarde de diciembre, que Toledo estaba consternada por un nuevo crimen, acababan de cenar los tres hermanos. Habitaban entonces en la plaza de Zocodover, y Ruben, el mayor, debia ir á pasar la noche cerca del alcázar donde tenian su depósito. Sin embargo, un poco antes de separarse de ellos hablaban entre si de un asesinato que se habia verificado aquel mismo dia en la ciudad: lo que Ruben contaba era grande y terrible.

—¡La sangre de los hombres vertida por los hombres! exclamaba; esto es una impiedad: pero Dios ha opuesto á este acto sacrilego un terrible castigo.

—¿Qué castigo, Ruben? pregunto Samuel.

—Nuestros rabinos tienen una leyenda. Por haber cometido la primera muerte Cain, ha sido condenado á ser testigo de todos los que se cometen en la série de los tiempos. Siempre, cuando un cuchillo se afila en la oscuridad, Cain está allí para oír su rechinamiento. Siempre, cuando cae un cuerpo herido con un golpe mortal, Cain está allí para ver su última convulsion, para oír su último suspiro. Cuando una gota de sangre se vierte en el mundo, Cain está allí de rodillas para recibirla sobre su maldita frente.

Oyendo esta especie de anatema, Samuel y Leví cruzaron súbitamente sus miradas cual si hubiesen querido amenazarse súbitamente.

—Necesito un millon para casarme con Sahara, pensó Leví.

—Necesito un millon para comprar un navío y vengarme del adelantado de Algeciras, pensó Samuel.

—Voy á retirarme, continuó el viejo Ruben, dirigiéndose hácia la puerta. La hora de la queda ha sonado ya, y el Justicia mayor de don Pedro no se anda en chanzas con los que quebrantan sus órdenes, sobre todo, cuando son pobres judios réprobos como nosotros. Buenas noches, hijos míos, el Dios de Israel sea con vosotros.

Al decir esto, Ruben se deslizó discretamente por la puerta entreabierta, que cerró inmediatamente detrás de él. Leví, levantando con un brazo robusto las barras de hierro que servian para atrancarla por dentro, metió uno de los extremos en la abertura practicada en la piedra para este efecto, y vino á sentarse silenciosamente en frente de su hermano, al lado del hogar en cuyo fondo habia, entre un monton de ceniza, un famoso leño ardiendo. Hacia algun tiempo que reinaba el silencio entre los dos hermanos, cuando Samuel, terminando en voz alta la espresion de un pensamiento íntimo, lo rompió el primero.

—¡Sabes, dijo con una voz agri dulce, que es hermoso nuestro tesoro! Encierra ¡por Jehová! en sus entrañas de piedra, bastante oro para construir un navío y pagar una tripulación.

—Si, interrumpió Levi, cuya mirada se había encendido con la mirada de su hermano: con el oro que hay dentro se puede conquistar la mano de una hermosa y rica hija de Oriente perdida en Europa: una reina se inclinaría ante ese montón de riqueza.

—Hermano, es tiempo de irnos á dormir, replicó Samuel, cogiendo la lámpara de hierro que iluminaba la habitación, y dirigiéndose hacia una puerta opuesta á la que daba á la calle. Abrióla en seguida, y después de haber hecho pasar á su hermano delante de él, se puso á subir poco á poco los peldaños de una escalera tortuosa y estrecha que conducía á la alcoba en la que se acostaban.

Aquel cuarto oscuro y miserable, tenía únicamente dos camas, colocadas la una frente de la otra contra la pared, llena de humedad, una mesa vieja y dos escabeles cojos, que apenas podían conservar el equilibrio sobre sus desiguales patas.

Todo fué negocio de un instante.

Desnudáronse en silencio los dos hermanos, y después de haberse estrechado las manos cual de costumbre, se acostaron.

—Buenas noches, Samuel.

—Buenas noches, Levi.

La lámpara que ardía sobre la mesa donde la había colocado Samuel, arrojaba en el cuarto su trémula y vacilante luz cortada con las sombras. Reinaba el silencio dentro de la casa, y fuera no se oía mas que el silbido del viento contra los vidrios de la ventana que daba á la calle.

Sin embargo, ninguno de los dos hermanos dormía: sus ojos errantes por el cuarto, se encontraban de pronto: se cerraban entonces inmediatamente. Por último, parecieron dormirse los dos.

No se había pasado un cuarto de hora cuando Levi, volviendo á abrir de repente los ojos, trató de ver lo que hacia su hermano.

—Duerme, pensó, nada se mueve en torno suyo; este es el momento de obrar.

Al mismo tiempo se dejó deslizar poquito á poco sobre el suelo de la pieza, y arrastrándose sobre las rodillas por miedo de hacer ruido. Tenía en la mano una cosa que relucía en la sombra.

Es cosa horrible lo que vamos á contar: cuando llegó al pie de la cama se fué enderezando lentamente, y se encontró cara á cara con su hermano de pie, y teniendo también la amenaza en los ojos y el cuchillo en la mano.

—Necesito un tesoro para mi amor, dijo Levi.

—Necesito un tesoro para mi venganza, dijo Samuel.

Pasóse un momento tan corto como terrible.

—Es un duelo, replicó Levi.

—Es un combate á muerte, respondió Samuel.

—Es mas fácil figurarse que describir esta lucha sacrilega.

Cada cual trataba de herir mortalmente á su hermano.

Samuel había sido herido gravemente el primero en la garganta.

—Moriré, dijo viendo correr con abundancia su sangre.

Lanzó inmediatamente su puñal sobre el pecho de Levi.

—Acabas de quitarme la vida, replicó este último.

En aquel mismo instante, un ruido desconocido y extraño se dejó oír en los vidrios de la ventana. Tres golpes sonaron bajo la forma de aplauso: una voz que no tenía nada de este mundo, interpelaba á los fraticidas.

—¡Hermanos míos! ¡aquí estoy! yo soy Cain; vuestro hermano Cain viene á veros.

Detrás de estas palabras, un inmenso perfil coronado con una maldita cabeza, se dejó ver en la ventana. El maldito marcado en la frente con la eterna mancha de la sangre, aparecía en toda su formidable é indecible grandeza.

—Antes de que exhaleis el último suspiro, hermanos míos,—repuso el reprobado hijo de Adam,—aguardad á que dé á cada uno un beso fraternal sobre la frente; el mismo beso que doy á los asesinos desde el principio del mundo.

La sombra se acercó.

Por de pronto, el terror y el horror acabaron lo que había comenzado el hierro.

Los dos hermanos murieron al mismo tiempo.

Samuel murmuraba:

—¡No satisfaré mi venganza!

Levi tartamudeaba estas otras palabras:

—¡Muero sin haber satisfecho mi amor!

A la mañana siguiente, al amanecer, cuando el pobre Ruben volvió á su casa, encontró en medio del cuarto los inanimados cuerpos de sus dos hermanos, inundados en sangre.

Había allí también la huella de un paso misterioso y terrible; la huella del maldito.

Ruben había adivinado todo á una sola ojeada.

—Los infelices se han matado el uno al otro, decía.

Y derramando lágrimas añadía:

—Salomon tenía muchísima razón:—dos cosas hay igualmente fatales: aborrecer demasiado á un hombre, y amar demasiado á una muger.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL BUITRE EGIPCIO.

El paralelo que los mamíferos y los pájaros ha sugerido á algunos naturalistas, jamás ha sido mejor fundado tal vez que entre los buitres, por una parte, y la hiena, el chacal y el lobo por otra. Encargados en cierto modo de

limpiar la tierra de sus inmundicias, la desembarazan de los cadáveres y de los restos infectos que sin eso corromperían el aire con sus pestilenciales exhalaciones.

Sin embargo, los buitres no tienen ni con mucho el carácter feroz de los cuadrúpedos, que les son análogos. Estos últimos atacan á los seres vivientes con un apetito violento por la sangre, mientras que aque-

llos se limitan casi exclusivamente á sus cadáveres.

Es una felicidad para ellos, el que no les falte sino muy raras veces el alimento en las comarcas en donde abundan. Vienen desde lejos á tirarse en bandadas sobre los cadáveres que quedan sin sepultura despues de una batalla, de la muerte de un animal en medio de los campos; esta es la ocasion de un banquete, alrededor del cual se colocan bien pronto una multitud de convidados. Desde las mas altas regiones donde vuelan con sus inmensas alas desplegadas, caen sobre su presa, y frecuentemente se hartan hasta el punto de que quedan incapaces de levantarse de la tierra. Ademas, solamente cuando se ven impulsados por el hambre salen de su apatía los buitres para buscar su alimento. Entonces suben, se remontan hasta perderse de vista; estíenden sus alas sin agitarlas; se mecen describiendo largos círculos, y desde lo alto exploran la superficie de la tierra.

Frecuentemente el cielo parece perfectamente limpio, y la vista no descubre huella alguna de pájaro en el espacio; pero tan pronto como ha caído muerto un animal en el campo, en cuanto el cazador le ha sacado las tripas, millares de buitres, como si acabasen de nacer súbitamente, bajan del cielo y se reúnen alrededor del festín.

¿Es la fuerza de la vista ó la del olfato la que guia así á estos animales desde el punto mas elevado del cielo ó desde la estremidad del horizonte hasta su botín? Todavía no se ha resuelto esta cuestion. Los antiguos escritores clásicos están llenos de pasages que atribuyen al buitre la vista mas sutil y mas penetrante, y el desarrollo que ofrecen en él los órganos de este sentido, parece favorecer esta opinion que Mr. Waterton y otros han adoptado, pero que Mr. Audubon mira como errónea. Este último naturalista, de acuerdo en esto con Lévillant, sostiene que por la índole extraordinaria de su olfato descubre el buitre su presa desde tan lejos.

Oigamos á Buffon describir magníficamente los hábitos y costumbres por los que el buitre se diferencia del águila y de las otras especies belicosas de rapiña.

«Se da á las águilas la primer categoría entre las aves de rapiña, no porque sean mas fuertes y mas grandes que los buitres, sino porque son mas generosas, es decir, menos bajamente crueles. Sus costumbres son mas fieras; su paso mas atrevido; su valor mas noble, teniendo al menos tanto gusto para la guerra como apetito por la presa. Los buitres, al contrario, no tienen mas instinto que la baja golosina y la voracidad: no combaten á los animales vivos sino cuando no pueden cebarse en los muertos. El águila ataca á sus enemigos ó sus víctimas cuerpo á cuerpo; sola los persigue, los combate, se apodera de ellos; los buitres, al contrario, por poco que prevean resistencia, se reúnen en bandadas como cobardes asesinos, y son mas ladrones que guerreros, pájaros carnívoros que pájaros de presa; porque en este género solo ellos son los que ponen en número y muchos contra uno, y solo ellos se encarnizan sobre los cadáveres á punto hasta de triturar los huesos. La corrupcion, la pestilencia, los atrae en lugar de rechazarlos. Los milanos, los halcones, y hasta los mas pequeños pájaros, tienen mas valor que ellos, porque cazan solos, y casi siempre desdénan la carne muerta, y rehúsan la que está corrompida.»

Este cuadro, como todos los pintados por la mano de

Buffon, es brillante de colorido. Añadiremos que aunque la descripcion de las costumbres de los buitres y de los pájaros á que el elocuente escritor los compara es verdadera, se nos permitirá disentir de él en los elogios que prodiga á los unos, y en el desprecio con que persigue á los otros. Segun las miras de la naturaleza, todo está bien; y el buitre con sus costumbres repugnantes cumple justamente la tarea que le ha sido impuesta, la de purgar la tierra de cadáveres para que no se corrompa el aire. Si el buitre fuese un ave de guerra semejante al águila, sino atacase, como ella, mas que á los seres vivos, caminaría directamente contra el objeto de la naturaleza, pues que contribuiría á aumentar el número de aquellos cadáveres. Se le censura de reunirse en bandadas para devorar su botín, y no se nota que esto es muy bueno, porque de esta manera la tierra queda mas pronto libre de los restos animales que cubren su superficie. No nos dejemos estráviar por apariencias, por preocupaciones, y no alabar tanto la pretendida magnanimidad del águila, que no hace mas que obedecer ciegamente á su instinto como el buitre; porque donde no existe el sentimiento moral, no ha lugar á alabanza ni vituperio.

La gran familia de los buitres se halla esparcida sobre todo el globo; pero abunda especialmente en los climas cálidos, es decir, en donde son mas necesarios para liberrar los campos, las aldeas, y aun las ciudades de las sustancias animales en putrefaccion. Bajo este aspecto, el Egipto debe mucho al bello pájaro que representa nuestra lámina.

El mas pequeño de los buitres del antiguo mundo pertenece á una de las especies mas numerosas. Hállasele sobre todo en Egipto, y en las comarcas inmediatas y próximas á Europa, á Asia y á América: se le ve tambien en Italia, en Suiza y en Inglaterra. Casi todos los viajeros hacen apreciar la utilidad de que sirven estos pájaros al Egipto, donde purgan las calles, en concurrencia con los perros errantes, de las inmundicias y basuras de todo género. No siendo menores sus servicios en la antigüedad que en los tiempos modernos, se contaban entre los animales sagrados, y se los halla muchas veces representados con gran esmero en los monumentos del antiguo Egipto. De aqui recibieron su nombre de *Pollo de Faraon*.

Compañero fiel de las caravanas, que acompañan de ciudad en ciudad; asiduo visitador de los mataderos y carnicerías; industrioso descubridor de los caparazones y esqueletos de los cadáveres, el buitre egipcio merece, al menos por su utilidad pública, la atencion de los hombres, y hoy no nos son desconocidos sus servicios. Si no es ya adorado como un dios, es al menos apreciado siempre como un bienhechor. Todos los años se le halla en gran número en las inmediaciones de Gibraltar y en el Sur de la España: probablemente pasa el invierno en Africa. Un viajero dice haberle visto cerca de Sevilla siguiendo el surco del arado para devorar los gusanillos que descubria, y removiendo la tierra.

Las largas y amplias alas del buitre egipcio le dan un asombroso poder de vuelo, y le permiten volar con gran ligereza. Sin embargo, lo mismo que todos los demas buitres, cuando están ahitos se ponen tan pesados, tan abotagados y tan entumecidos, que apenas pueden remontarse del suelo, y en este estado se les coge fácilmente,

aunque esta captura no es muy agradable, porque exhala un olor pestilente de su cuerpo, y arroja por las narices un humor fétido.

Este buitre es un poco mayor que un cuervo, y tiene cerca de seis pies de ala á ala. Cuando tiene el plumage completo es de un blanco uniforme, á escepcion de unas grandes manchas negras. La pechera y los lados de la ca-

beza, como la garganta, están desnudos y dejan ver una piel de un amarillo livido. Los ojos son negros: el plumage no llega á este estado sino por cambios sucesivos, despues de haber sido moreno y de haber tomado cada año tintes mas ó menos claros. Anida en las grietas de las rocas y en los lugares elevados; pero sus huevos jamás han sido descritos.



El buitre egipcio.